

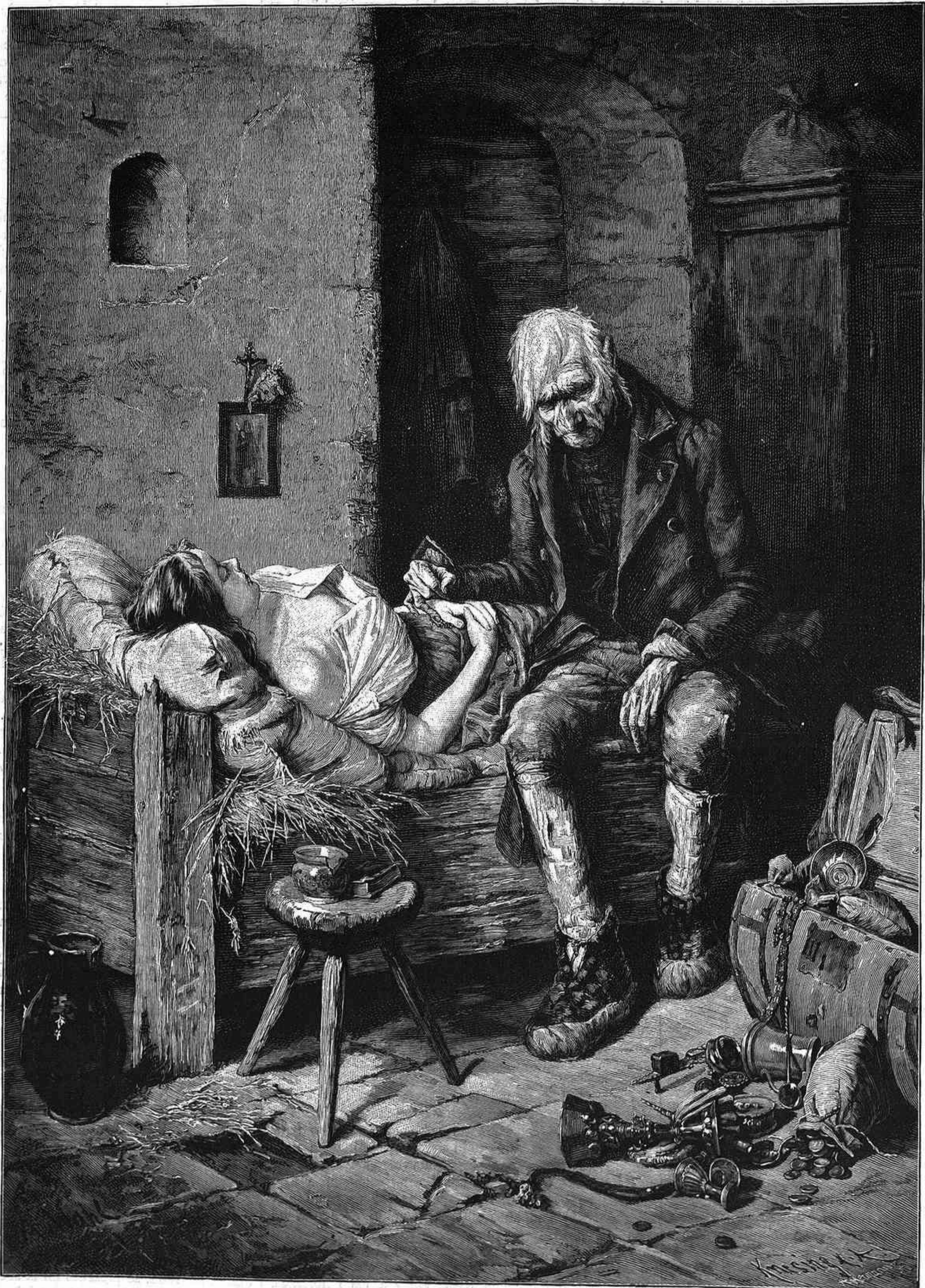
ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

←BARCELONA 28 DE JUNIO DE 1886→

NUM. 235

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



¡DEMASIADO TARDE!... cuadro de A. de Wahl

Presentado en la Exposición de Berlín. (De fotografía directa de F. Hanfstangl de Munich)

APUNTES PARA EL CUADRO *El Vice-cónsul Rivadeneyra en Dizful*, DE NUESTRO DIRECTOR ARTÍSTICO J. LUIS PELLICER



tas y novio de Pepa, la hija del aperador del síndico del Ayuntamiento, no figuraba, como uno de tantos, entre los que corrían peligro de soltar la azada para coger el chopo.

Examinó el secretario los borradores de la lista, y notó la falta.

Dijo, sin embargo, que allí constaba incluido; se mandó á uno de los alguaciles descolgar la tablilla en que dicha lista estaba expuesta al público, y, como es consiguiente, en la lista había la misma falta.

— Aquí no aparece, — exclamó el secretario. — Es indudable que el escribiente, por involuntario error de copia, ha dejado de incluirlo.

El denunciante, que milagrosamente pasaba su vida manejando un arado, — y digo milagrosamente, porque tenía de irracional más de lo que se necesitaba para ir tirando, y no manejando, — comenzó á echar por su boca tales lindezas contra el escribiente y el síndico y el municipio en masa, que el acto de la reclamación concluyó con esta orden verbal del alcalde:

— Póngase al Pato en la lista de los mozos del sorteo, y que metan á este cernicalo en la cárcel, antes de que yo tenga tiempo de meterle de un silletazo el esternón en la espalda para que aprenda á hablar delante de la autoridad.

Cuando el secretario y el escribiente quedaron solos, aquél exclamó, con acento á la vez enérgico y reposado:

— Tengo seguridad de haberte dictado ese nombre que has suprimido en los borradores y en la lista. ¿Qué significa esto?

Pálido, temblando y lloroso, el escribiente contestó:

— Significa que soy un tuno; que merezco un presidio. Al llegar el último invierno mi mujer no tenía refajo, ni yo capa, ni mis hijos vestidos. Gracias al tendero, que me fió géneros, no nos hemos muerto de frío. Como no he podido pagarle, hace algún tiempo que no deja de mandar recados á mi casa preguntando que en qué pienso; y el domingo pasado fui yo á decirle que no me apurara, porque no tengo una peseta. Estaba allí su sobrino, y poniéndole una mano en el hombro, dijo el tendero dirigiéndose á mí:

— Haz que éste no éntre en la quinta, y te prometo que no vuelvo á pedirte nada hasta que tú puedas pagarme. Ya sabe V. por qué he hecho la picardía que acaba de

¡Si te conoceré yo á tí! Como eso fuera verdad, que no lo es, te juro que habías de arrastrar una cadena. ¡Bonito soy yo para aguantar pillerías de nadie! No se hable más del asunto.

— Este hombre es un ángel, — exclamó el delincuente para sus adentros; y el secretario para los suyos decía entretanto: — Yo en su caso hubiera hecho lo mismo que él: ¡lo mismo! ¡lo mismo!

Llegó el sorteo, y la tercera ó cuarta bola favoreció al Pato con el número uno. Se apresuró el huérfano á poner en conocimiento de Pepa que podía ir haciéndole una escarapela roja para el sombrero, y la pobre muchacha, pasadita de amor hasta los tuétanos, se dió tal pechugón de llorar, que si las lágrimas se tomaran á cuenta de reales para redimir del servicio de las armas, le hubieran sobrado muchas, después de pagar los cuatrocientos duros que por la redención exigía la ley.

— ¿Por qué no vas á ver á tu tío? acaso él querrá prestarte el dinero para que te libres.

— Mi tío ya ha hecho lo que ha podido; pero no ha servido de nada.

— Su tienda es la que más vende; si no te pone un hombre, será porque no quiere.

— Es que tampoco quiero yo. Ni él tiene obligación de hacerlo, ni yo le he de pedir lo que nunca podría devolverle. Pero, mira, eso no importa: me han asegurado que no llega á diez kilómetros, no recuerdo si es kilómetros como se llaman, lo que tengo más de la talla. Hasta que nos citen para la declaración de soldados, sólo comeré lo indispensable para no morir de hambre, sólo me acostaré cuando esté cayéndome de sueño. Además, voy á andar todos los días unas cuantas leguas, llevando encima el peso que mis fuerzas resistan. Además, media hora antes de que me tallen, haré que el barbero me afeite la cabeza. Además, cuando me metan en la talla me encogeré todo lo que pueda. ¡Ya ves tú si con tantas precauciones hay casi seguridad de menguar esos kilómetros que me sobran, ó como se llamen!

El día de las grandes amarguras de los padres, las madres y las mozueltas enamoradas, el Pato, que había cumplido al pie de la letra su plan para menguar de estatura, se colocó en la talla descalzo, con la cabeza más mondada que los pies, encogido, rígido, y dispuesto á dejarse desollar vivo antes que ser declarado soldado.

Empeñado él en ser de granito, y el tallador en volverlo más elástico que la goma, cada uno puso de su parte lo que pudo para lograr su intento. Sudaban uno y otro: daban resoplidos como fieras acorraladas; la numerosa concurrencia que, separada del estrado por una barandilla de hierro, presenciaba apiñada la lucha, lanzaba gritos y apóstrofes desaforados.

— ¡No sea V. bestia! ¿Va V. á hacer pedazos á ese hombre para que crezca en un minuto lo que no ha crecido en veinte años?

— ¡No sea V. ganso! ¿No ve V. que se encoge? ¿No ve usted que se comba? ¿No ve V. que no toca con la espalda la talla?

El alcalde no cesaba de tocar la campanilla y de amenazar con que iba á llenar los calabozos de la cárcel con los que más alborotaban. El secretario, sin alterarse, le apaciguaba de vez en cuando, diciéndole: — No se irrite V.; nosotros en su caso haríamos lo mismo.

De pronto, levantóse de su asiento un sargento de la guardia civil que presenciaba la medición desde un extre-

mo del estrado: separó al tallador, cogió con cada mano una oreja de Patricio, le puso en la boca del estómago la rodilla de la pierna derecha, hizo presión, y el pobre novio de la hija del aperador del síndico fué dando tanto de sí, que acabó por tener muchos kilómetros, como él decía, sobre la estatura exigida para vestir un uniforme del ejército. Desde aquel momento ya no pensó el quinto más que en tener frecuentes coloquios con su novia, en lucir una hermosa escarapela bordada por Pepa, en reponer las fuerzas perdidas y en recorrer las calles de la villa con los otros quintos cantando coplas al compás de las guitarras. El secretario del Ayuntamiento los condujo á todos pocos días después al Gobierno civil de la provincia para verificar la entrega en caja, y nadie volvió á tener noticias directas del Pato, hasta que, algunos meses después, su desconsolada novia recibió una carta en la cual, debajo de un corazón verde atravesado por una flecha encarnada, habían escrito con tinta azul lo siguiente:

«Querida prima: me alegraré que al recibo de estas cortas letras te halles con la más cabal salud que yo para mí deseo. La mía es buena á Dios gracias, para lo que gustes mandar, que lo haré con mucho gusto y fina voluntad, como me toca de obligación. Prima: esta sólo se dirige para decirte que sepas que no te he escrito antes porque bien sabes que no entiendo de pluma, y no he tenido quien me escriba, hasta que hoy lo hace el cabo Terrones, lo cual que se digna de ser mi amigo, porque aunque es clase no es vanidoso, y es el cabo más querido de los jefes y las mujeres, por ser el mejor cabo del ejército del mundo terráqueo. Prima: sabrás como estoy siendo de la sexta compañía del batallón de cazadores de Alcántara, número 20, que es el mejor batallón de las Españas, porque sabrás que en la guerra de Africa los de mi compañía nos llenamos de gloria, que fué en el boquete de



Anghera y barranco del Infierno, el 25 de noviembre de 1859, donde, aunque nos quedamos en cuadro, mi compañía sola escabechó muchos moros, por lo que dieron una cruz pensionada al cabo Terrones, que desea conocerte, y me encarga que te dé expresiones de su parte, porque, aunque es clase, estima á todas las personas de mi particular aprecio. Si ves á mi tío, dile que ya estoy al corriente de mi obligación, y que ahora voy á destruirme en la lectura y escritura, porque el capitán de mi compañía se empeña en que los números que no saben eso son unos borricos y que no son verdaderos números sino aprendiendo á leer y escribir de corrido, como el cabo Terrones. Lo cual que á éste le estoy muy agradecido y le he dado palabra de convidarle en un establecimiento de bebidas, por lo que si puedes mandarme algún dinerillo con alguna persona que venga por Aranda de Duero, donde estamos de guarnición, te lo agradeceré mucho. Y no cansando más, darás expresiones de mi parte á tus padres, y á mi tío, si le ves, y á todas las personas de tu particular aprecio, y dime todo lo que pasa en el pueblo, y recibe el corazón de este que te quiere y lo es tu primo — Patricio Tomelloso.»

Recibió Pepa la carta del Pato como reciben los campos las lluvias de primavera, y se apresuró á contestarla, guardándola en el seno, donde la llevó dos meses que tardó en recibir otra. La segunda ocupó aquel dulcísimo nido hasta que tuvo la tercera, y la tercera, escrita ya por su mismo novio, llegó á hacerse pedazos con el calor y contacto del pecho ceñido por el corsé.

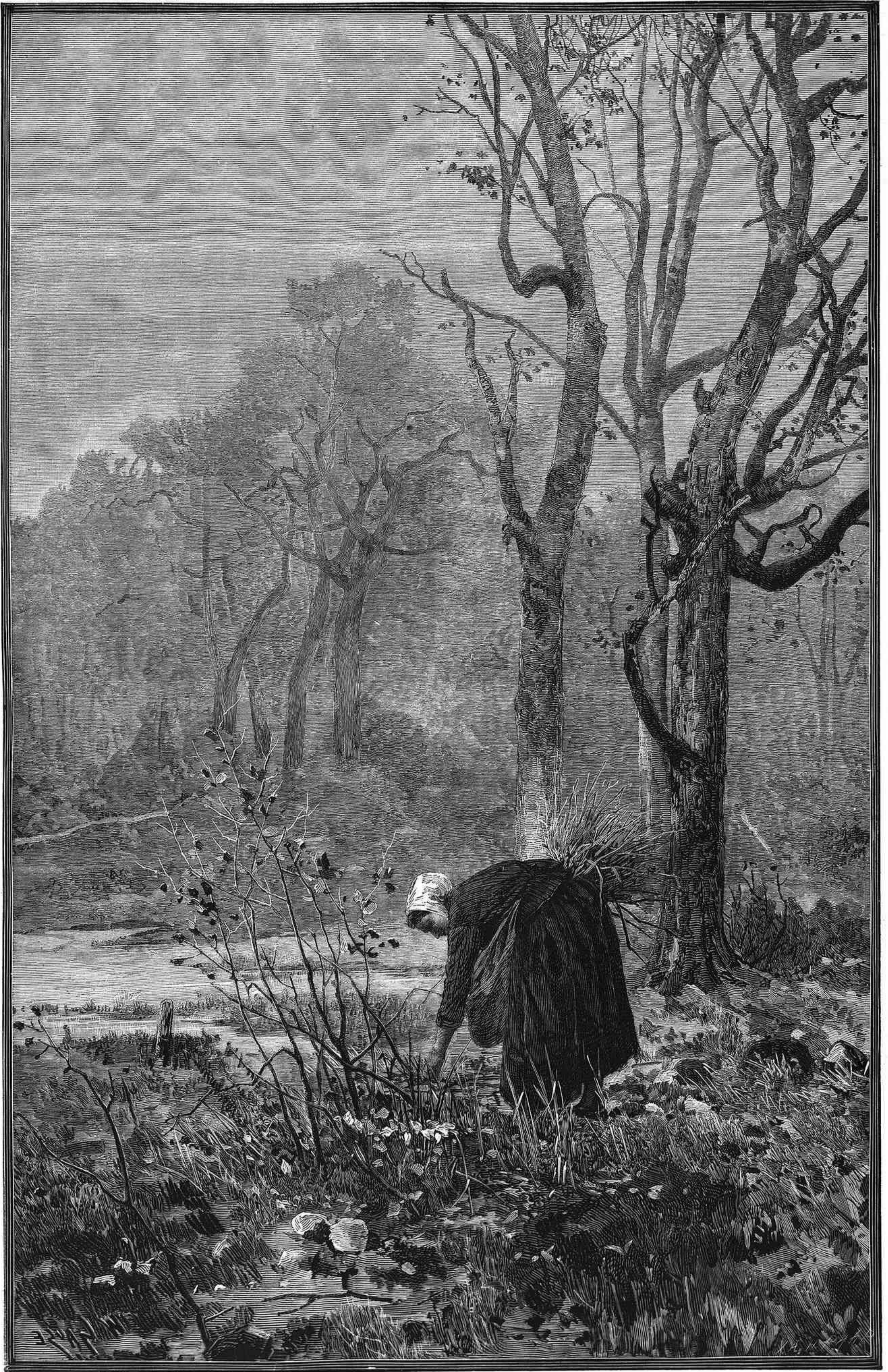
Mientras el Pato continuaba comiendo rancho y manejando un fusil, veamos lo que ha pasado en la villa á los demás personajes de esta verídica historia.

Desde el día que los quintos de 1862 dejaron sus hogares para ir á ser entregados en caja, el hijo del tío Canina, que se había librado del servicio por tener un nú-

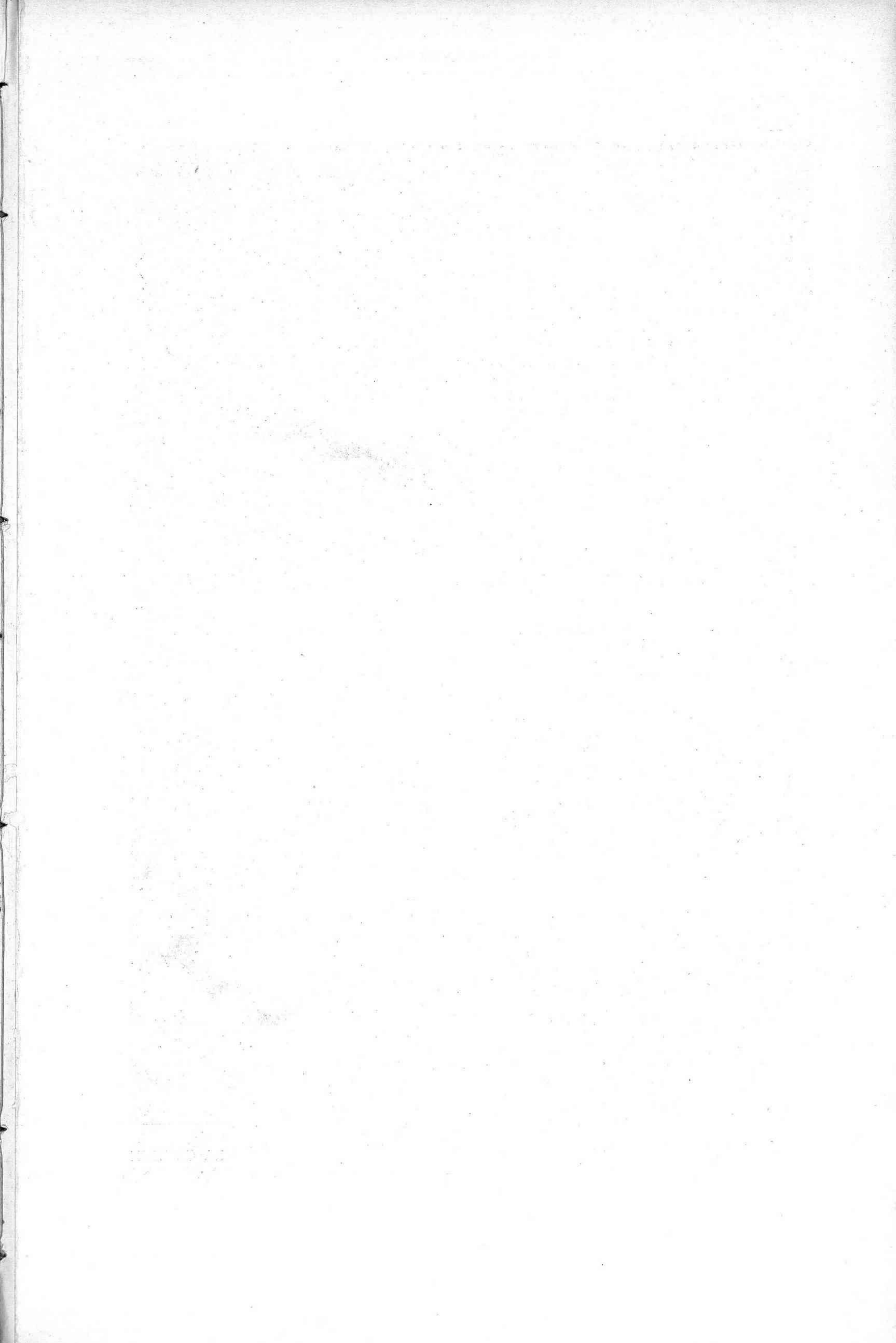


descubrirse. Ahora haga V. de mí lo que quiera: yo mismo me delato.

— Ni tú te delatas, ni yo te oigo, ni eso que dices es otra cosa que una estúpida mentira, inventada para no confesar que ni al dictado escribes con sentido común.



LA FAENA DE INVIERNO, cuadro de W. Zauze





LA COSECHA DE PATATAS, DIBUJO AL CARBÓN DE L'HERMITTE

mero
suspiro
gallina
pedra
se ent
ventan
quitas

- C
tu pad
dolo p
dre, m
quitar
un Pat

Para
cesitab
tana, c
pero e
peraba
se vien

No
ñado p
era fru
esto ú
se mu
y unas

Fue
que ha
nes, y
hizo p
Su p
en que
y bulle
sas con

En
- D
- D
- C
- U
- P

de Cas
borrac
lo crec
- N
carne s
- P

la vida
mujere
- E
si le ar
alegría
- M

por él
- P
que así
En o
- D
- T

- C
- L
- Y
cretario
bien m
- H

cretario
- T
ladrón,
demás
rrespon

- C
- Y
libre; a
- Y
- S

drón, c
siempre
ponga
oído q
y el ese

Com
más de
no ech
inclusio
tado es
de inju

otra vi
tiene la
que, co
consigu
títulos

La h
de la q
balcón
creyó f
pues el
Com
agarrán
caer, pe
das con
redonde

mero alto, comenzó á rondar la calle á Pepa, dando cada suspiro que levantaba el empedrado y hacía huir á las gallinas que picoteaban las hierbezuelas nacidas entre las piedras. La muchacha, que no era corta de genio, apenas se enteró de lo que aquello significaba, llamó desde una ventana á su nuevo pretendiente, y sin andarse en chiquitas le largó esta andanada:

— Oye, tú, sin vergüenza; ¿sabes lo que te digo? Que si tu padre ha podido quitar la libertad al Pato, denunciándolo para que lo incluyeran en la quinta, ni tú, ni tu padre, ni todos los Caninas del mundo juntos, le podríais quitar la novia, porque lo que á mí me pide el cuerpo es un Pato y no un mastuerzo como tú.

Para indicar que no tenía más que decir y que no necesitaba respuesta, Pepa cerró de golpe y porrazo la ventana, dejando al hijo de Canina como el que ve visiones; pero el discurso no debió producir el efecto que Pepa esperaba, porque ni el empedrado ni las gallinas de la calle se vieron libres de los suspiros del mozo.

No está averiguado todavía si la insistencia del desdeñado pretendiente obedecía á instigaciones del amor, ó si era fruto de intrigas de la codicia: la gente se inclinaba á esto último, porque los Caninas no tenían sobre qué caerse muertos, y el padre de Pepa poseía un olivar, una casa y unas cuantas ovejas.

Fuera lo que fuese, aquel moscón estaba empeñado en que habían de ser pares, aunque le habían dicho que no, y preciso es confesar que si no se salió con la suya, hizo por salirse milagros de terquedad y de paciencia.

Su padre acudía á la plaza todas las mañanas á la hora en que los jornaleros se reunían allí en busca de trabajo, y bullendo de corro en corro promovía pláticas tan sabrosas como estas:

En un corro:

- Dios guarde á la buena gente.
- Dios guarde á V., tío Canina.
- ¿Qué hay de nuevo?
- Usted dirá.

— Parece que unos segadores que han venido de tierra de Castilla han contado que el Pato es el soldado más borracho y más pendenciero que hay en el ejército: yo no lo creo.

— Ni nadie lo creará: el Pato es de la calidad de la carne sin hueso ni piltrafas: no tiene desperdicio.

— Parece que los mismos segadores añaden que se pasa la vida jugando: unas veces con las cartas y otras con las mujeres: yo no lo creo.

— Eso último lo oírás tu novia con el mismo gusto que si le arrancaran las muelas; pero su hijo de V. bailará de alegría por si él, sin jugar, sale ganando.

— Mi hijo sospecha que Pepa empieza á pasar fatigas por él y á no pasarlas por el Pato: yo no lo creo.

— Pepa sería una mala mujer si no esperase á su novio, que así que cumpla con la reina vendrá á cumplir con ella.

En otro corro:

- Dios nos dé muy buenos días.
- Tío Canina, santos y buenos.
- ¿Qué noticias corren?
- Las que V. traiga.

— Yo no sé nada. Malas lenguas aseguran que el secretario del Ayuntamiento es un ladrón, que no despacha bien más asuntos que los que le valen dinero: yo no lo creo.

— Hace V. bien, porque todo el pueblo sabe que el secretario es el hombre más bueno que come pan.

— También se cuenta que el señor alcalde es otro ladrón, que para no pagar contribuciones hace que los demás paguen la que les corresponde y la que no les corresponde: yo no lo creo.

— ¿Cuánto paga V., tío Canina?

— Yo no tengo nada, y al que no tiene, el rey le hace libre; además, ya he dicho que no lo creo.

— ¿Y no ha oído V. algo más?

— Sí que he oído. He oído que el síndico es otro ladrón, que se entiende con el escribano, á fin de que siempre que llamen á éste para hacer un testamento, ponga que el difunto deja una manda al síndico. Y he oído que luego se reparten las mandas entre el síndico y el escribano: yo no lo creo.

Como se ve, aunque el tío Canina tenía de irracional más de lo que se necesitaba para ir tirando de un arado, no echaba en olvido que sus desahogos al reclamar la inclusión del Pato en el sorteo de la quinta le habían costado estar preso, y había buscado y encontrado el modo de injuriar á todo el mundo sin peligro inmediato de hacer otra visita al carcelero. Por aquello de que de todo tiene la viña del Señor, el secretario del Ayuntamiento que, como ya hemos visto, era harina de otro costal, consiguió que el alcalde y los regidores aceptaran por artículos de fe los puntos siguientes:

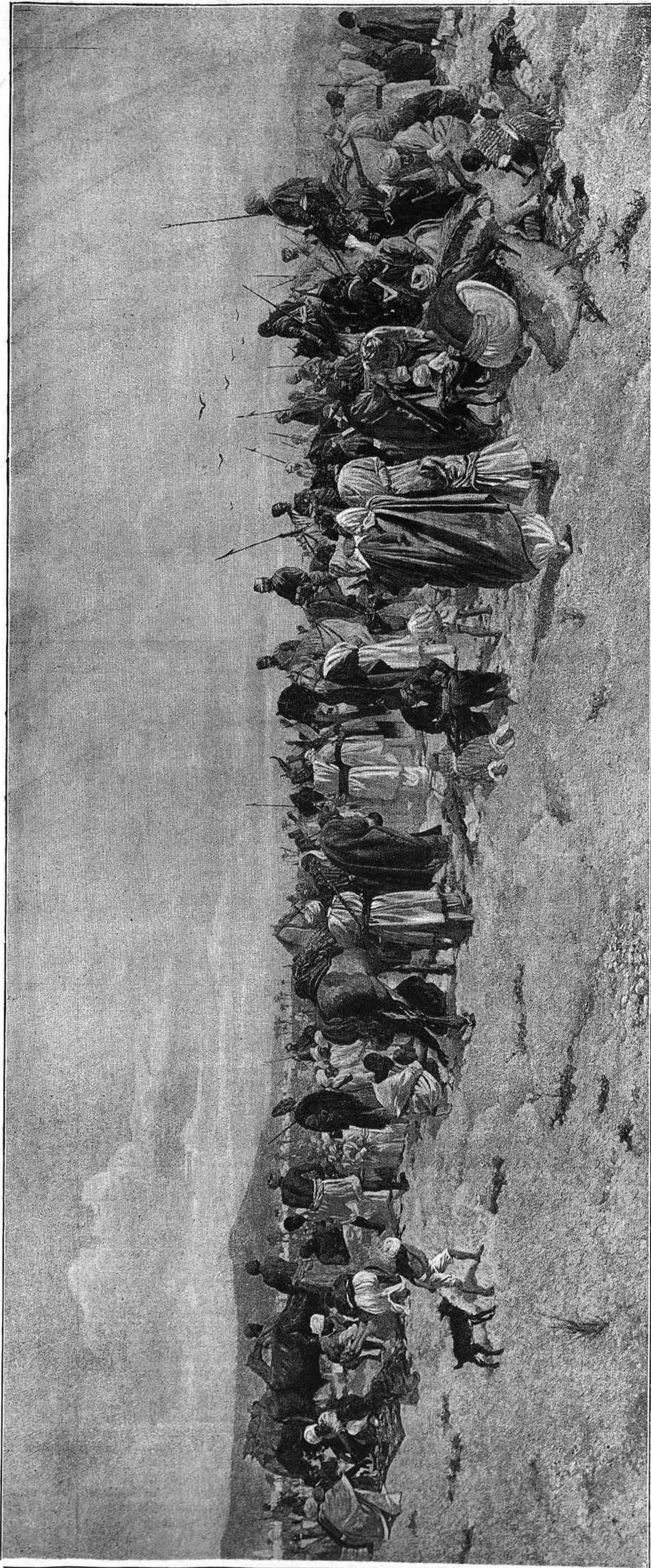
(Continuará)

EL RAMO DE MARGARITAS

(Conclusión)

La habitación en que se hallaba, tenía, como todas las de la quinta, una puerta de cristales que daba á un ancho balcón corrido. Estaba en el piso segundo, pero Santiago creyó fácil descolgarse al principal y desde éste al jardín; pues el edificio no tenía gran altura.

Comenzó á poner en práctica su descendimiento, y agarrándose al extremo de los hierros del balcón, se dejó caer, pero al llegar al piso inferior, resbaló, dió de espaldas con un cierre de cristales entreabierto, y cayó casi redondo al lado de Mercedes.



EL VICE-CÓNSUL RIVADENEYRA, EN DIZFUL, cuadro de nuestro director artístico, D. J. Luis Pellicer



Á TENER TREINTA AÑOS MENOS... cuadro de G. Papperitz

¡Momento de asombro!

Mercedes asustada se puso en pie; Santiago se quedó tan inmóvil como la estatua de magnesia de la fábula de Miguel de los Santos Alvarez.

La joven fué la primera que se repuso, diciendo:

— Ha hecho V. una cosa incomprendible. Váyase usted, váyase inmediatamente.

— ¡Ah! Señorita, permítame que la explique...

— Nada, no es necesario.

— Sí que lo es, dígame V., se lo suplico...

Y se interrumpió; no hallaba palabras, luchaba contra su timidez y su emoción.

Por fin pudo decir:

— ¡Voy á volverme loco!

Había tanta verdad y tanta consternación en esta frase, que Mercedes, conmovida y con la encantadora sencillez de sus pocos años, preguntó:

— Con que, ¿tanto me quiere usted?

El joven, en el colmo de la desesperación, levantó la cabeza, y atreviéndose á mirarla por vez primera de frente, la soltó esta respuesta á modo de escopetazo:

— No, señorita; V. se ha equivocado.

Al oír estas palabras, que eran como un insulto, Mer-

cedes se puso encendida y luego pálida; cerráronse sus ojos, vaciló y hubiera caído al suelo á no sostenerla Santiago.

La cogió en brazos, y la llevó al sofá; una de las microscópicas chinelas se desprendió de su pie, y cuando el aturdido joven la tomaba para colocarla en una silla, oyó un grito comprimido, y halló á su lado á D.^a Geneveva.

Retrocedió, y tropezó con un velador lleno de objetos de china, que cayó al suelo con gran estrépito.

— Pero ¿qué es esto? ¿por qué está V. aquí? ¿por dónde ha entrado? — preguntó D.^a Geneveva.

Santiago señaló al balcón balbuceando:

— Por ahí... una casualidad... no venía á este sitio...

— Lo cual, — pensó el ama de llaves, — quiere decir que se dirigía á otro. ¡El pobrecito se ha equivocado de balcón!

Y satisfecho su amor propio, prodigó sus cuidados á Mercedes, mojóndole con agua las sienes; pero, á los pocos momentos, oyóse ruido en la escalera y en los corredores.

— ¡Vienen! — dijo Santiago.

— Váyase V. en seguida.

— Pero...

— Váyase V., ¿no conoce que es preciso? — y al mismo tiempo D.^a Geneveva levantaba el velador y los objetos caídos. — No se deje V. nada, — repuso viendo que Santiago buscaba algo en el suelo.

— He perdido la petaca y el saca-trapos.

— Tenga V., lléveselo V. todo. Vamos, de prisa, ya están aquí.

Y diciendo estas palabras, la pobre señora, azorada, llenaba los bolsillos de la cazadora de Santiago con cuantos objetos hallaba á mano.

Llamaron á la puerta, gritando:

— ¡Mercedes! ¡Mercedes!

— ¡El marqués! — exclamó D.^a Geneveva. — ¡Por Dios! váyase V., — y le empujaba por la espalda.

El desgraciado joven salió al balcón, se descolgó al jardín, atravesó éste corriendo, abrió la puerta de la verja, y se lanzó á campo traviesa.

XI

— ¡No has armado mala trapatista! la casa del marqués es un campo de Agramante.

— ¿Qué dice V., tío?



DE VUELTA DEL RIAI TO, cuadro de Mister Wood

- En todo hay límites, pero tú los traspasas todos.
 ¡Entrarse en el cuarto de una joven! ¡y el primer día!
 - ¿Con que se ha sabido?
 - ¿Pues qué, somos sordos? ¡floja tremolina que hiciste! veladores caídos, doncellas desmayadas; ¡válgame Dios!
 - ¡Ah! tío ¡qué desgraciado soy!
 - El marqués está hecho un tigre. Me he visto negro para aplacarle un poco; le he ofrecido lo que era de cajón, que te casarías con su hija.
 - ¡Ah, tío! ¿qué ha hecho usted?
 - No, no te alteres; ni él ni su hija quieren oír hablar de tí.
 - ¿Ni ella tampoco?
 - Está hecha una panterita contra tí, te detesta; ¿qué la has hecho?
 - ¡Oh, tío!
 - Y la verdad, me daba lástima: lloraba como una Magdalena.
 - Pues qué, ¿se habrá atrevido su padre á levantar la mano?
 - Peor que eso.
 - ¿Peor?
 - La vuelve á las Salesas, de donde la [había sacado hace tres meses.
 - ¿Al convento?
 - Sí.

- ¡Y yo tengo la culpa! ¡Bestia, animal! - exclamó Santiago levantándose de la mesa en donde estaba almorzando, y encerrándose como un loco en su cuarto en donde comenzó á dar vueltas como una fiera, mientras que el general, que en su interior celebraba la audacia de su sobrino, tomaba pacíficamente café.

Santiago, un poco más tranquilo, buscaba una petaca en el bolsillo de la cazadora que la noche anterior había dejado en una silla; y comenzó á sacar objetos acusadores que le llenaron de emoción: una cinta, un guante, un pañuelo marcado con una M, y, ¿lo creerán Vds.? una chinela tan mona y tan diminuta, que parecía hecha para el pie de un niño.

Y al considerar aquellos despojos, reconstruyó á Mercedes, como Cuvier á los animales antediluvianos; el pelo por la cinta, la mano por el guante, la boca por el pañuelo y el pie por aquella chinela maravillosa.

Se enterneció, sintió remordimientos, se figuró el convento con sus claustros y sus celosías y, tomando su sombrero con expresión enérgica, exclamó:

- ¡No, yo no lo puedo consentir; voy á decir la verdad al marqués!

Desde aquel momento se trasformó en un héroe de resolución. Fué á la cuadra y ensilló él mismo su caballo, y después de cerciorarse de que llevaba en el bolsillo todos los objetos pertenecientes á Mercedes, montó, y comenzó á trotar en dirección á la quinta del marqués.

Era ya algo tarde, pero ¿qué importaba? Él no hubiera podido dormir tranquilo sin desfacer aquel agravio.

XII

En setiembre los días ya son cortos, y Santiago llegó á la quinta poco antes de anochecer.

La puerta de la verja estaba abierta.

Entró, y encontrando un criado le preguntó:

- ¿Está en casa el señor marqués?

- Sí señor, hace un instante, cuando he ido á encender luces, le he dejado en la sala del piso bajo.

- ¿Es allí, donde brilla aquella luz?

- Sí señor.

Llegó casi á la carrera, subió cuatro escalones, empujó una puerta de cristales y... se quedó estupefacto.

Mercedes sola estaba allí.

- ¡Ah! - exclamó el pobre Santiago.

- ¿Supongo que no es á mí á quien busca V.? - balbuceó la joven.

Santiago hizo un signo negativo.

- ¿Supongo que será á D.^a Genoveva?

El atortolado mancebo hizo un nuevo esfuerzo para hablar, pero se le trabó la lengua.

- Hace V. bien en amarla, - repuso Mercedes con acento indefinible. - Es una excelente señora que no tiene más ridiculeces que cualquiera de su edad.

Estas palabras, y sobre todo la expresión con que fueron dichas, devolvieron á Santiago el uso de la voz.

- Pero, ¿qué dice usted? ¿amar yo á esa señora?

- ¿A qué fingir? lo sé todo.

- ¡Fingir! yo...

- Ella me lo ha contado, incluso lo de pisarla el pie debajo de la mesa.

Santiago, petrificado, había vuelto á quedarse mudo.

- Buenas noches, - dijo Mercedes, - voy á avisar á doña Genoveva.

- ¡Oh! - exclamó el pobre joven alargando los brazos en ademán suplicante.

- ¿Qué significa esto?

- ¿Usted ha podido creer...?

- Pues, no siendo esa señora, ¿qué le trae á V. aquí?

Santiago, incapaz de explicarse, sacó apresuradamente de sus bolsillos un ramillete de margaritas, que había

sesperado, porque no hallaba palabras para desahogar su corazón.

La joven dió algunos pasos hacia la puerta, y él, viendo escapársele la última ocasión de justificarse, anhelante, loco, dió un soplo á la bujía que alumbraba la sala.

Mercedes dejó escapar un grito; y como si la oscuridad hubiera hecho nacer la verbosidad del tímido amante, exclamó:

- No se vaya V., dígame, no tema V. nada de mí; moriría mil veces antes de ofenderla. Soy un tonto, un idiota; lo que V., y todos, suponen atrevimiento no son más que torpezas y necedades, que constituyen una especie de fatalidad inherente á mí. Todos mis esfuerzos para desengañar á V., se vuelven en contra mía; he querido huir por pura timidez y he caído en su cuarto de V.; y mire usted, creo que no tengo yo solo la culpa, sino sus ojos de usted, que al mirarme me causan un mareo que me hace enmudecer; y si no, ya lo ve, apenas nos hemos quedado á oscuras, he podido hablar, bien ó mal; he podido decir á V. lo que la decía á mis solas, porque, sépalo ya: yo la amo como un loco.

- ¡Qué bien finge V.!

- ¡Fingir yo! ¡Ah! no me conoce V.; en otra ocasión le dije que no la amaba y entonces sí que creo que sin saberlo mentía... Ahora... Ahora... ¡Tenga V. piedad de mí! no sé lo que me digo.

- Encienda V. la bujía, - dijo Mercedes conmovida;



EL BEBEDOR DE AGUA, bosquejo de E. Manet

- mi padre vendrá de un momento á otro.

- ¡Mejor! que venga; hace poco le buscaba para suplicarle de rodillas que no recayese en V. la culpa de mi torpeza; yo no puedo consentir que por causa mía vuelva usted al convento. Yo creo que el marqués se hará cargo de mi situación, que comprenderá la estúpida fatalidad de mi carácter... y si V. fuera tan buena que me perdonara...

- Encienda V. la bujía; se lo ruego.

- Una palabra todavía ¡Dios mío! ¿qué haría para convencer á usted?

- Es inútil, estoy convencida.

- ¡Ah! ese tono me da á entender lo contrario.

- ¿Cómo he de decirlo?

- De modo, ¿que me perdona usted?

- Sí.

Santiago encendió un fósforo y luego la bujía con temblorosa mano.

XIII

Mercedes ocultó el rostro entre las suyas.

- ¿Usted me perdona? ¡No sabe el bien que me hace!

Y repuso con íntima expresión:

- Ahora me siento aliviado de un peso horrible; hasta creo que tendré valor de mirar á V. cara á cara.

- Míreme pues, - dijo la joven separando las manos.

Santiago clavó en ella sus ojos; y ella, con ese maravilloso instinto de la mujer, leyó en aquella alma amante y leal, y le presentó la mano derecha.

El pobre, se puso muy pálido y no se atrevió á tomarla; su timidez era la mejor prueba de sus torpezas anteriores.

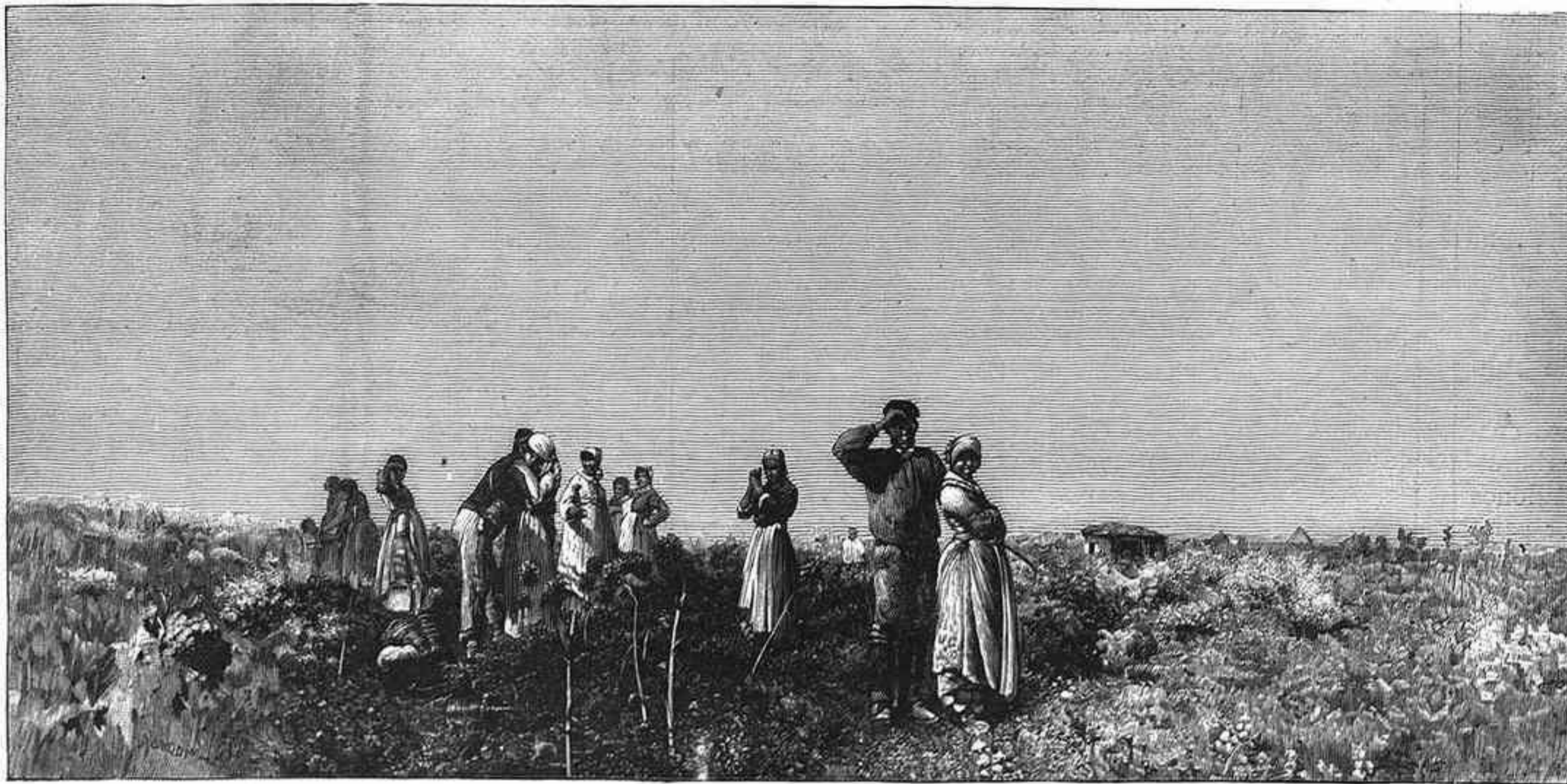
Entonces ella alargó aquella misma mano á la mesa próxima, tomó el ramillete de margaritas y le llevó á los labios...

¿Qué puede haber después de este idilio si no la prosaica, pero dulce realidad?

Las antorchas de Himeneo; la luna de miel, esta vez sin menguante; y al cabo de cuatro años, tres sobrinitos saltando sobre las piernas del general Arizcum.

Parece ser que desde dicha fecha se habían acabado las torpezas de Santiago.

F. MORENO GODINO



REGRESO INEXPERADO, cuadro de Lojacono

hecho en el camino atándole con la cinta perteneciente á Mercedes, un pañuelo, un guante, y la linda chinela, poniendo estos objetos sobre una mesa próxima.

- ¿Qué hace usted? - dijo atónita la joven.

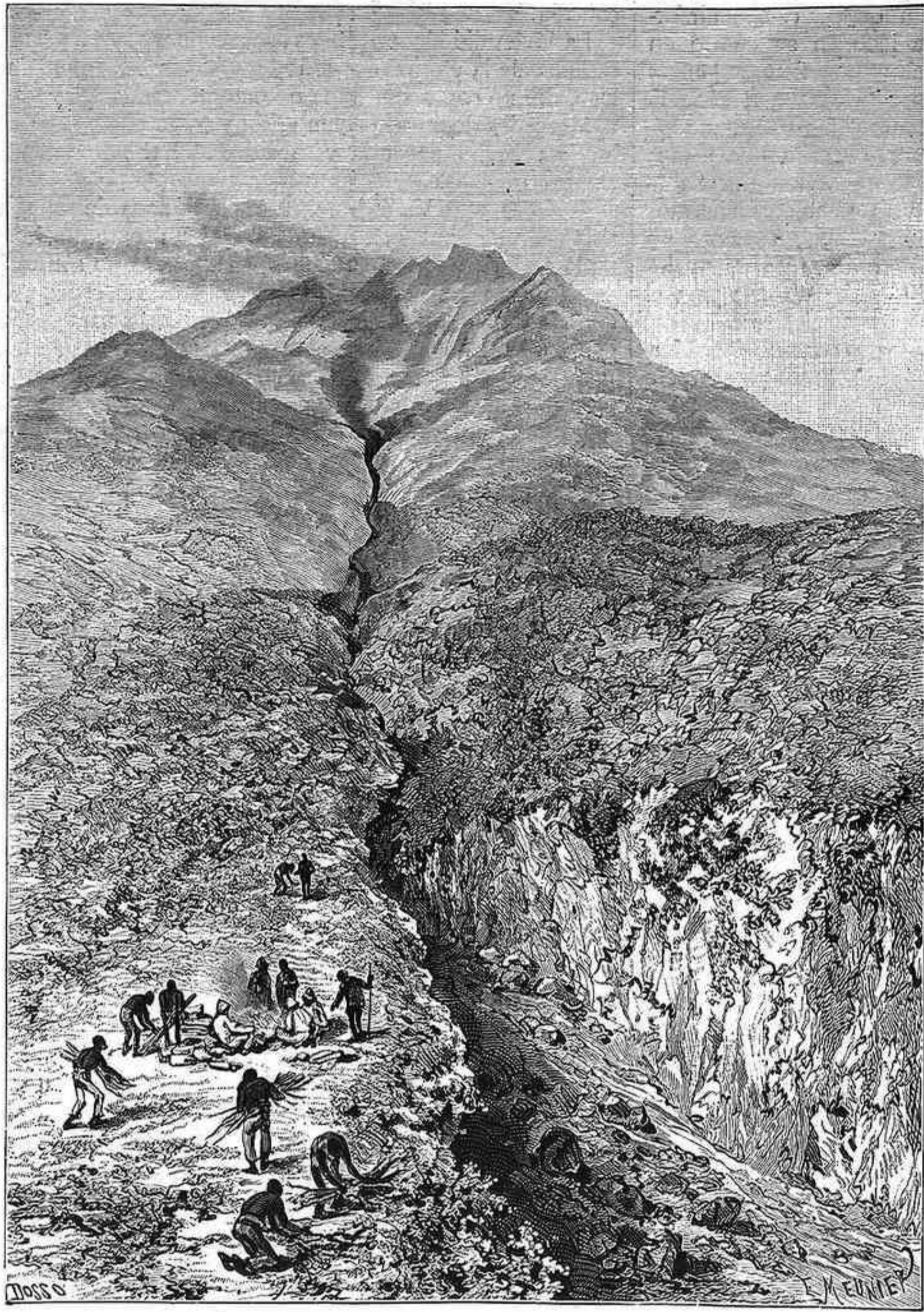
- Estas cosas son de V. y se las devuelvo, - y al mis-

mo tiempo, antes de dejarla, llevó á sus labios la preciosa chinela.

Mercedes hizo ademán de irse.

- ¡Por Dios! no se vaya usted!

Ella se detuvo y le miró con fijeza; él bajó los ojos de-



Viaje á Filipinas.—El volcán Apó; vista tomada á 2200 metros de altitud

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

Apenas puedo distinguir el interior del cráter, que mide unos quinientos metros de diámetro, y que, así como sus costados exteriores, está cubierto de una vegetación achaparrada de enebros. Espesas nubes ocupan el fondo; y para mayor desgracia, Marcelo, mi fiel muchacho, que me ha seguido hasta aquí con la mayor docilidad, detiénese extenuado á unos cien metros más abajo que yo, sin que le sea posible sobreponerse á su fatiga ó al vértigo. No puedo consultar el barómetro si no voy al sitio donde Marcelo se halla; pero el error que de esto resultaría es muy pequeño, pues sólo puede afectar á la evaluación de la altura comprendida entre el lugar de la observación y la cima del cráter, error que no excederá de veinticinco metros, cantidad pequeña para una altura total de 3,133. El termómetro marca 15° centígrados sobre cero.

Con la mayor rapidez posible emprendemos la bajada, porque debe temerse el mal tiempo. No tardamos en volver á estar á 2,400 metros de altura, y ahora la atmósfera es clara y serena: detrás de nosotros, el cráter, que parece desprendido de las nubes, destácase como una gigantesca muralla ruinoso, con su pico denticulado; alrededor de nosotros extiéndese una vasta alfombra de azufre, cuyos contornos se pierden en los tintes violáceos de un nimbus que se desliza perezosamente á nuestros pies; sobre esta cortina de nubes contemplamos un panorama espléndido: los espesos bosques que cubren los flancos del Apó, y más lejos las aguas azules del golfo, donde las puntas de Dumalac y de Malalac, las islas de Samal y de Talicud se proyectan sobre un fondo verde oscuro.

No disfrutamos largo tiempo de este maravilloso cuadro, pues al llegar á la región de los helechos subarborescentes, una copiosa lluvia nos impide ver, helándonos hasta los huesos; en este temporal pierdo la mayor parte de las plantas que he recogido en la cima, y aguantando un diluvio llegamos á nuestro espantoso campamento de ayer, donde pasamos la noche en un montón de ramaje formado apresuradamente por nuestros hombres.

11 octubre.—Estamos calados hasta los huesos cuando amanece; pero un buen fuego y algunas tazas de café nos reaniman. Acto continuo levantamos acta de la ascensión, y encerrámosla en una botella, que se cuelga de la rama de un árbol. Decimos á los Bagobos que es una autorización en debida forma, permitiendo á todos ir á recoger al volcán la cantidad de azufre que quieran.

Pasamos la noche en la ranchería de Bitil, donde tenemos el gusto de hallar á nuestro compañero libre de la fiebre y completamente restablecido.

12 octubre.—Proseguimos nuestra marcha, dejando á la derecha el magnífico torrente de Tagulaya, que tanto

nos costó remontar el día 7: Mani no tiene hoy ya razón alguna para imponernos é imponerse á sí mismo la prueba del agua; nos conduce por un sendero muy practicable que sigue la cresta de las alturas de la orilla izquierda del torrente, y nos dice que si no nos lo ha indicado á la venida era porque teníamos prisa al parecer, y aquel camino era el más largo. Esta explicación nos satisface, pues nuestro objeto esencial se ha conseguido; y por fortuna, encontramos también caballos, que no esperábamos ver más. A las tres de la tarde llegamos á la ranchería de Mani, donde se nos dice que una de sus mujeres ha fallecido la víspera. Tememos que la coincidencia de nuestra ascensión con esta muerte sea considerada por los Bagobos como un indicio de la cólera de Mandarangán, y, que según su costumbre, traten de aplacar á su divinidad con algunos sacrificios humanos. El señor comandante Rajal llama á Mani aparte, y hácele sobre este punto las recomendaciones más terminantes y severas. El dato jura por la memoria de su madre que no se verterá sangre alguna, promesa que, según supe meses después, cumplió fielmente.

13 octubre.—Volvemos á entrar por la mañana en Davao, donde produce no poco asombro el buen éxito de nuestra empresa, que los indígenas y los Bisayas habían considerado irrealizable.

Estamos algo cansados, pero muy contentos, y por mi parte conservaré el más agradable recuerdo de esta excursión, durante la cual, á pesar de las fatigas y de algunas privaciones inevitables, ha reinado la mejor inteligencia, gracias á la amabilidad del comandante Rajal y á la buena voluntad de todos.

VII

Á TRAVÉS DE MINDANAO

4 noviembre 1880.—Emprendo la marcha hacia el interior: mi proyecto es atravesar Mindanao de sud á norte, franqueando las montañas centrales que separan las vertientes sud y norte de la isla. Llegado á las orillas de la bahía de Butuán, daré la vuelta por la península de Surigao, y corriéndome por la costa del Pacífico, volveré á Davao doblando el cabo de San Agustín.

Este itinerario es difícil de seguir: las dos únicas personas que le recorrieron en sentido inverso, los PP. Juan Heras y José Minores, me comunican bondadosamente

todos los informes que han recogido, sin ocultarme los obstáculos probables, pues la estación no es conveniente. La monzón del sudoeste no ha terminado aún en la vertiente del golfo de Davao; más lejos hallaré la monzón del nordeste en toda su fuerza, y por lo tanto se deben temer abundantes lluvias. Sea como quiera, no puedo esperar seis meses el cambio de monzón, que en la costa del Pacífico no se producirá hasta el mes de mayo.

Salgo por la tarde en una grande y sólida barca, que me ha facilitado D. Basilio, antiguo vacunador (1) de la provincia, que muy á menudo me prestó servicios análogos con la mayor bondad durante mi permanencia aquí.

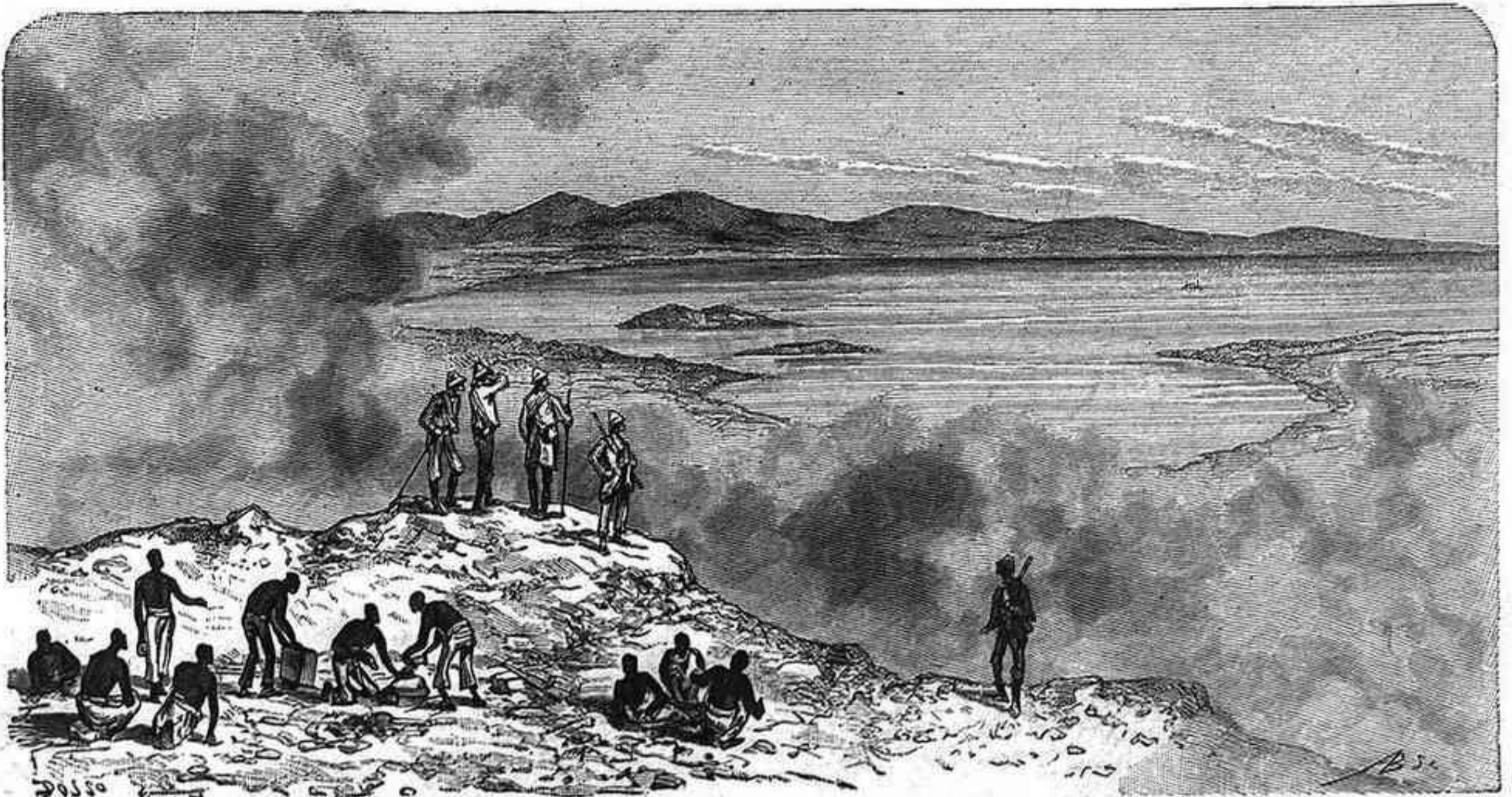
Preparo hace largo tiempo esta excursión, adoptando todas las precauciones necesarias para sacar el mejor partido. Mi sextante y mis cronómetros están encerrados en una caja muy sólida, ligera y bien seca; también llevo algunas conservas alimenticias, llegadas últimamente de Manila y una regular cantidad de víveres al abrigo de averías. A mis servidores agrego otros dos muchachos, Marcelo y Lorenzo; Flores, antiguo marinero de la escuadra de Filipinas, se encargará particularmente de la conservación de las armas; y acompañanme además el cuadrillero de Davao, Francisco, á quien el gobernador Rajal ha tenido la bondad de conceder una licencia. Todos estos servidores son indios Bisayas; por guía é intérprete he tomado un anciano traficante que asegura haber estado en relaciones con los Mandayas y conocer perfectamente el dialecto; ha debido ocultar en mis bagajes alguna pacotilla, y sin duda espera obtener un gran beneficio, gracias á mi protección; pero yo también tengo mi pacotilla de objetos de latón y de quincalla, así como *coco crudo*, con lo cual espero vencer la desconfianza de los Infeles. En fin, como último argumento, llevo dos carabinas de dos cañones, una para mí y otra para Flores, con suficiente cantidad de municiones.

Una vez fuera del río de Davao enderezo el rumbo al norte, y á las siete de la mañana llegamos á la plaza de Cabayugán.

5 noviembre.—No salimos hasta las cinco de la tarde, pues nos detienen algún tiempo las calmas y los chubascos; y pasamos la noche un poco al norte del pueblo moro de Lasan.

6 noviembre.—Entro en el río Tagum á la hora de la baja marea, y obligado á detenerme por la violencia de la corriente, prosigo después mi marcha con ella á las dos de la tarde. El curso del Tagum, que se abre paso en medio de una llanura de aluviones, presenta una infinidad de sinuosidades que no pueden figurar en la carta geográfica; las orillas, al principio bajas, cubiertas de piletuvios, elevanse un poco más arriba de Bincungán, ranchería de moros asaz importante, donde me detengo á las seis. Aquí fué donde asesinaron por sorpresa, hace algunos años, al malogrado D. José Pinzó, gobernador de Davao, con una parte de su escolta. Estos miserables piratas de Bincungán me manifiestan al principio muy mala voluntad, pero nada más, porque han pagado cara su traición; uno de ellos cede á mis hombres algunos víveres, por los cuales pide seis reales; pero con aire desconfiado rehusa recibir el precio en dinero, y toma en cambio cierta cantidad de coco crudo, que sólo me ha costado dos reales.

7 noviembre.—La corriente del Tagum es cada vez más sinuosa y menos profunda: las sondas acusaban al principio cinco metros, y ahora sólo uno ó dos; de modo que mi barca toca á veces en la arena. Adelanto muy poco, y no llego hasta las seis de la tarde á Babao, primer pueblo mandaya. Los habitantes huyen al divisarnos. Como mi barca es inútil á causa del poco fondo, resuelvo enviarla á Davao con su tripulación y pedir á los Mandayas piraguas ligeras y remeros. Mi intérprete, cargado de regalos, marcha al bosque en busca de los fugitivos, y consigue traerme algunos; pero, como yo temía, el po-



Viaje á Filipinas.—Panorama del golfo de Davao; vista tomada desde el volcán Apó á 2400 metros de altitud

bre diablo está muy lejos de hablar corrientemente el mandaya; por fortuna, este dialecto tiene mucha afinidad con el bisaya, y después de una interminable conversación, entorpecida por la estupidez y el aturdimiento de los indígenas, pero facilitada luego por numerosas libaciones, llegamos á entendernos. Mañana tendré tres ligeras

embarcaciones que están amarradas en la orilla, y seis remeros que las conducirán cuando el río sea navegable.

(Continuará)

(1) Generalmente, este cargo se ejerce por mestizos que reciben en Manila una instrucción especial, y que después pasan, á expensas del gobierno, á las diversas provincias de Filipinas.